

LA NECESIDAD DE VOTAR ACTITUDES DEL PUEBLO SALVADOREÑO ANTE EL PROCESO ELECTORAL DE 1984

Ignacio Martín-Baró y Víctor Antonio Orellana

1. Las encuestas de opinión pública

Los datos finales de una elección no tienen, por lo general, una interpretación fácil. Al reducir opciones a veces muy complejas a un sí o un no, a una decisión entre rojo y azul, los números finales no pasan de ser un código cifrado que reclama una hermenéutica. Tras la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1984 en El Salvador, los partidos que habían obtenido más votos, la Democracia Cristiana (PDC) y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), utilizaron los votos otorgados a terceros partidos para realizar interpretaciones a su favor: para ARENA, más del 50 por ciento de la población se habría pronunciado contra "el comunitarismo" del PDC; para los demócratas cristianos, "el arenazismo" habría sido rechazado por más del 70 por ciento de los salvadoreños. Sin duda, ambas interpretaciones eran propagandísticas y poco apegadas a la realidad; sin embargo, los datos desnudos permitían realizar tales manipulaciones para llegar a conclusiones tan interesadas y opuestas. Por su parte, el presidente norteamericano, Ronald Reagan, ni siquiera tuvo que esperar los resultados para propagar su propia interpretación del evento electoral —con lo cual probablemente dijo más de lo que pretendía.

La razón fundamental de por qué unos datos electorales deben ser interpretados es muy sencilla: un mismo acto, aunque se trate de un acto tan simple como el de emitir un voto, puede originarse en causas muy diversas. Las personas

pueden tener motivaciones muy diferentes para votar por un mismo partido político y perseguir objetivos muy distintos al optar frente a una alternativa. De hecho, una misma persona puede tener varios motivos y enfrentar razones incluso opuestas acerca de cómo votar. Por eso, un voto por un mismo candidato puede significar en un caso temor y en otro esperanza, en otro una mezcla de temor y esperanza, y todavía en otro simple ignorancia sobre lo que está en juego. De ahí que si tan sólo se conoce el acto de votar como una unidad más en favor de uno u otro partido, es imposible captar lo que ese voto pudo significar personal y socialmente.

Uno de los instrumentos más utilizados para profundizar en el sentido de una elección son las encuestas de opinión pública. Por supuesto, hay encuestas que sólo persiguen anticipar los resultados de una elección, cualquiera sea el uso que se quiera hacer de ese conocimiento. Tales encuestas poco o nada contribuyen a una mejor comprensión de los datos electorales, a no ser por lo que indican sobre la permanencia o cambio de las opciones finales del electorado. Sin embargo, hay otras encuestas que lo que persiguen es precisamente devolver la complejidad de su sentido al acto final del voto, relacionándolo con los diversos intereses y factores que pone en juego y que pueden estar condicionándolo. De ahí que, en las encuestas electorales, junto al qué de la opción o al quién del candidato se introduzca el porqué de esa opción o de ese candidato.

La población salvadoreña no está muy acostumbrada a encuestas y menos a encuestas de tipo político, entre otras razones porque siempre se ha sabido de antemano que los que serían "elegidos" ya habían sido seleccionados, y que el proceso electoral apenas constituía un rito cívico dedicado al ídolo de la democracia formal. Sirva como muestra de la confusión que a muchos salvadoreños les producen las encuestas pre-electorales la reacción de una atemorizada señora, quien se lamentaba al encuestador: "Antes sólo nos exigían votar; ¿ahora ya tenemos que declararlo así?"

2. Encuestas pre-electorales 1984

Entre enero y abril de 1984, el Instituto de Investigaciones de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) aplicó varias encuestas de opinión pública con el fin de lograr una comprensión más profunda de las elecciones presidenciales y sus resultados finales. La primera encuesta fue aplicada el 30 de enero de 1984, a 1588 estudiantes preuniversitarios que recibían el cursillo de ingreso a la UCA. La segunda encuesta se corrió entre el 3 y el 22 de marzo, con dos muestras sucesivas de cuatro departamentos, la primera de 1210 personas y la segunda de 968, para un total de 2178 encuestados. Finalmente, la tercera encuesta se corrió entre el 8 y el 15 de abril, con una muestra en seis departamentos de 2113 personas.

Los departamentos encuestados para la primera vuelta fueron: San Salvador (52.8 por ciento de la muestra total), La Libertad (10.2 por ciento), Santa Ana (18.5 por ciento) y Sonsonate

(18.5 por ciento). Los encuestados para la segunda vuelta fueron: San Salvador (56.8 por ciento), La Libertad (7.0 por ciento), Santa Ana (12.3 por ciento), Sonsonate (15.7 por ciento), San Vicente (4.5 por ciento) y Cuscatlán (3.7 por ciento). Mientras la encuesta a preuniversitarios fue pasada por escrito, las otras dos encuestas fueron orales y se dirigieron a los sectores populares y medios, sobre todo urbanos y semiurbanos, de once municipios, elegidos por su representatividad poblacional. Las muestras fueron escogidas por cuotas asignadas según lugar de vivienda (tugurios, mesones, colonias ilegales, etc.) o de circulación (transeúntes). El margen de error para la determinación de las muestras fue menor del 5.0 por ciento, pero la carencia de registros censales recientes hizo que se partiera de unos estimados poblacionales cuestionables, sobre todo por la dificultad de ponderar los movimientos migratorios generados por la guerra.

El Cuadro 1 presenta la distribución de las poblaciones encuestadas según su edad. Como es natural, la mayoría de la población preuniversitaria se agrupa en el primer tramo, es decir, por debajo de los 25 años. Sin embargo, las muestras de las otras encuestas ofrecen una distribución que corresponde bastante adecuadamente al electorado salvadoreño. El Cuadro 2 presenta la distribución porcentual de los encuestados según su sexo. Mientras la población preuniversitaria es predominantemente masculina, las muestras de la primera y de la segunda encuesta contienen más mujeres que hombres. Ello es debido a que las encuestas se corrieron por lugar de vivienda durante el día, cuando son más los hombres que

CUADRO 1

POBLACION ENCUESTADA POR EDAD

Edad (años)	Preuniversitarios		Primera Vuelta		Segunda Vuelta	
	N	%	N	%	N	%
18-24	1393	91.2	440	21.4	400	19.3
25-34	118	7.8	578	28.1	604	29.2
35-44	14	0.9	476	23.1	503	24.3
45-54	2	0.1	316	15.3	310	15.0
55 ó más	—	—	249	12.1	251	12.1
Falta dato	61	—	119	—	45	—
TODOS	1588	100.0	2178	100.0	2113	100.0

CUADRO 2

POBLACION ENCUESTADA POR SEXO (En porcentajes)

Sexo	Preuniversitarios	Primera Vuelta	Segunda Vuelta
Masculino	58.2	43.1	44.6
Femenino	41.8	56.9	55.4

se ausentan para trabajar. Con todo, un análisis diferencial por sexo mostró que el sexo no era una variable que estableciera diferencias suficientemente grandes en la mayoría de las opiniones expresadas, incluyendo la opción partidista, como para que el sesgo muestral alterara en forma crítica los datos obtenidos.

Los Cuadros 3 y 4 sintetizan la visión que sobre los problemas del país y la mejor forma de resolverlos tienen la población preuniversitaria y la muestra de la primera encuesta. En el Cuadro 3 se puede ver que la crisis económica (o alguno de sus aspectos) es el problema sentido como más grave en el momento actual de El Salvador, seguido por el problema de la violencia y de la guerra. No cabe duda que, en la coyuntura actual, estos son los dos problemas más agudos del país. Sin embargo, cabe preguntarse si la

jerarquía de importancia no se hubiera invertido si se hubiese encuestado a la población de departamentos más directamente afectados por la guerra, como Chalatenango, Morazán o Usulután. De todos modos, no es posible en el momento presente separar la guerra de la crisis económica y es claro que la forma más universal de experimentar la guerra, sobre todo allá donde no se dan acciones bélicas, es a través del acelerado deterioro en las condiciones de vida y en la creciente tasa de desempleo (que en la primera encuesta fue clasificada como una respuesta aparte, aunque en realidad podría ser englobada en la crisis económica, elevando así el porcentaje de los que indican este problema al 43.2 por ciento).

El Cuadro 4 presenta las soluciones señaladas por los encuestados para poner término a la guerra y lograr la paz en el país. Llama la atención la opción mayoritaria (un 51.4 por ciento) de los preuniversitarios por el diálogo y la negociación entre el gobierno y las fuerzas del FDR-FMLN, frente a la opción militarista en una u otra dirección, indicada por un 22.7 por ciento. Más sorprendente aún es que tan sólo un 0.4 por ciento (6 personas) indiquen las elecciones como mecanismo apropiado para resolver la guerra. Contrasta esto con la respuesta ofrecida por la población de la primera encuesta, un 15.6 por ciento de la cual apunta a las elecciones como la mejor forma de resolver la guerra. Sin embargo, ambos resultados pueden estar sesgados por la

CUADRO 3

PRINCIPALES PROBLEMAS DEL PAIS

PROBLEMA	PREUNIVERSARIOS ^a		PRIMERA VUELTA ^b	
	N	%	N	%
Crisis económica	1068	67.3	297	30.7
Guerra, violencia	868	54.6	252	26.0
Injusticia estructural	299	18.8	—	—
Desempleo	—	—	121	12.5
Corrupción política	182	11.5	16	1.7
Injerencia extranjera	77	4.8	—	—
Otros problemas	531	33.5	53	5.5
No sabe/No contesta	151	9.5	229	23.6
Todos	3176	200.0	968	100.0

a En la encuesta a preuniversitarios, cada individuo podía señalar dos problemas; el N es, por tanto, doble y los porcentajes corresponden al número de individuos que expresan una respuesta.

b Sólo se cuenta con los datos de la segunda muestra de la primera vuelta.

CUADRO 4
MEJOR FORMA DE RESOLVER LA GUERRA

PREUNIVERSITARIOS			PRIMERA VUELTA		
Solución	N	%	Solución	N	%
Diálogo-Negociación	817	51.4	Las elecciones	339	15.6
Aniquilación militar del FMLN	163	10.3	El diálogo	270	12.4
Intervención EEUU	159	10.0	Un gobierno capaz	131	6.0
			La unidad de todos	72	3.3
Aniquilación militar de la FA	38	2.4	Solución militar	51	2.3
Las elecciones	6	0.4	Otras soluciones	328	15.1
Otras soluciones	129	8.1	No sabe	761	34.9
No sabe	258	16.2	No responde	226	10.4
No responde	18	1.1			
Todos	1588	100.0	Todos	2178	100.0

circunstancia en que se corre la encuesta: el de los preuniversitarios, por el influjo del cursillo introductorio a la universidad, con su insistencia en la argumentación racional; el de la primera encuesta, ya que toda la entrevista se centraba en las elecciones, con lo que dar esta respuesta podía constituir una típica "disposición a responder según el contexto" mas que un estado de opinión. Por el contrario, el 12.4 por ciento que apuntó al diálogo como solución a la guerra resulta tanto más significativo cuanto que expresar esta opinión constituye un verdadero riesgo en la actual situación salvadoreña, pues no sólo contradice la postura oficial, sino que repetidas veces ha sido interpretada como una "propuesta subversiva." Resulta también significativo el bajo porcentaje de encuestados (2.3 por ciento) que cree que la guerra podrá resolverse mediante la acción militar.

Estos datos indican ya un estado de conciencia frente a los problemas del país y su posible solución. En el peor de los casos, apuntan a una falta de claridad sobre lo que conviene hacer (los porcentajes de los que indican no saber cómo resolver la guerra son muy elevados); en el mejor de los casos, muestran que la mayoría no considera que la guerra vaya a resolverse por la vía militar y tampoco siente que las elecciones sean un instrumento eficaz de pacificación. Frente a este dato, resulta cuando menos llamativo el altísimo porcentaje de la población que indica su voluntad de ir a votar en la elección presidencial: un 49.8 por ciento de los preuniversitarios, un 85.2 por ciento de la muestra antes de la primera vuelta electoral, y un 81.7 por ciento antes de la segunda, porcentajes que, eliminando a los que se muestran dudosos o no responden, se convierten en 71.1, 96.0 y 93.8 por ciento respectivamente.

CUADRO 5
DECISION DE VOTAR

Decisión	PREUNIVERSITARIOS			PRIMERA VUELTA			SEGUNDA VUELTA		
	N	%	% ajus	N	%	% ajus	N	%	% ajus
Sí	791	49.8	71.1	1855	85.2	96.0	1727	81.7	93.8
No	321	20.2	28.9	78	3.6	4.0	114	5.4	6.2
No sabe todavía	432	27.2	—	210	9.6	—	216	10.2	—
No responde	44	2.8	—	35	1.6	—	56	2.7	—
TODOS	1588	100.0	100.0	2178	100.0	100.0	2113	100.0	100.0

No hay duda que la población encuestada estaba decidida mayoritariamente a votar, y así parece haberlo hecho, aunque quizá no en porcentajes tan elevados (ver Cuadro 5).

El Cuadro 6 sintetiza las principales razones que las personas indicaban para ir a votar. Como puede verse, las dos más señaladas son que se trata de un deber cívico, o algún tipo de aspiración a que mejorara la situación en el país o se obtuviera la paz. Sólo un porcentaje relativamente pequeño de la población indicaba que iría por inseguridad o temor a represalias. Sin embargo, mientras aquellas respuestas que vinculan el acto de votar con el anhelo de paz o de mejoría parecen responder a una sentir real de las personas, las respuestas que apelan al deber ciudadano no tienen un sentido claro. Con frecuencia los encuestadores anotaron en las hojas de quienes dieron esta respuesta que las personas mostraban una actitud de temor ante el cuestionario. Una forma muy frecuente de responder era indicando que se trataba de una "obligación". Pero ¿qué indica esta expresión? ¿Conciencia cívica o temor a las sanciones impuestas por la ley a quienes no voten? ¿Conciencia de un deber o miedo a la represión? De hecho, en bastantes casos en que se prolongaba la conversación de los encuestadores con las personas, se aclaraba que lo que querían era "que les pusieran el sello en la cédula" más que dar su voto por uno u otro candidato —y ello se vió con claridad cuando, ante el desorden que imperó en la primera vuelta, muchos reclamaban que les sellaran las cédulas aunque no votaran. Más aún, la ignorancia o el recelo manifestado frente a otras preguntas del cuestionario llevan a la conclusión de que la res-

puesta "deber cívico" constituía una razón aséptica, formalista y poco comprometedor, que lo mismo se ajustaba a quienes estaban convencidos de su deber moral de ciudadanos, como a quienes pretendían no mostrar un sentir político (lo tuvieran o no) a los encuestadores.

La mayoritaria decisión de ir a votar tiene que verse también a la luz de la creencia sobre la pureza en el proceso electoral. Sirva como antecedente el que sólo un 10.6 por ciento de los preuniversitarios consideraba que las elecciones del 28 de marzo de 1982 hubiesen sido limpias, mientras un 49.1 por ciento estimaba que había habido fraude y un 39.0 por ciento mostraba dudas al respecto. El Cuadro 7 es expresivo: la mayoría de los encuestados se muestra dudoso sobre la pureza de las elecciones presidenciales, y apenas un 35.6 por ciento en la primera vuelta y un 21.5 por ciento en la segunda indicaron que sí creían que serían limpias. Los encuestadores anotaron que con mucha frecuencia la respuesta afirmativa se expresaba no tanto de una forma asertiva ("sí"), cuanto en una forma desiderativa: "así esperamos," "primero Dios".

Es evidente que la población no puede borrar de la noche a la mañana su memoria histórica de fraudes, memoria recientemente reforzada con la manifestación de diputados de casi todos los partidos de que también en las últimas elecciones de 1982 había habido graves irregularidades y fraudes, y que no se habían denunciado antes para no perjudicar la imagen internacional lograda con el proceso electoral. Pero aun aceptando en su valor nominal la respuesta sobre la pureza de la elección presidencial, el porcenta-

CUADRO 6
RAZONES PARA VOTAR

Razón mencionada	PRIMERA VUELTA		SEGUNDA VUELTA	
	N	%	N	%
Deber cívico	976	44.8	747	35.4
Mejoría, paz del país	591	27.1	781	37.0
Inseguridad, temor	71	3.3	168	8.0
Otras razones	233	10.7	223	10.6
No sabe	110	5.1	53	2.5
No responde	197	9.0	141	6.7
TODOS	2178	100.0	2113	100.0

CUADRO 7

CREENCIA EN PUREZA ELECTORAL

Serán limpias	PREUNIVERSITARIOS		PRIMERA VUELTA		SEGUNDA VUELTA	
	N	%	N	%	N	%
Sí	170	10.7	775	35.6	454	21.5
No	632	39.8	183	8.4	209	9.9
Tal vez/No sabe	777	48.9	1054	48.4	1322	62.5
No contesta	9	0.6	166	7.6	128	6.1
T O D O S	1588	100.0	2178	100.0	2113	100.0

je de los que se muestran confiados está muy lejos del porcentaje de quienes dicen que irán a votar. En otras palabras, aun sin interpretar el sentido de las respuestas, hay una gran diferencia entre el 35.6 por ciento de quienes dicen en la primera vuelta que confían en la limpieza electoral, o el 21.5 por ciento en la segunda, con el 85.2 y el 81.7 por ciento respectivamente de quienes dicen que votarán. Esto significa que por lo menos entre un 50.0 y un 60.0 por ciento de la población habría ido a votar con la duda si no la convicción de estar participando en un proceso fraudulento más. ¿Qué sentido puede tener entonces ese voto?

En el Cuadro 8 se encuentra la síntesis de las respuestas a la pregunta: "Si las elecciones fueran hoy, ¿por qué partido votaría usted?" El dato más llamativo lo constituye el altísimo por-

centaje de los que no responden. El porcentaje es menor en la encuesta a preuniversitarios, por varias razones obvias. En primer lugar, porque el anonimato queda aparentemente más salvaguardado en una encuesta por escrito, que en las encuestas donde hay que responder directamente al entrevistador. En segundo lugar, porque el tipo de población de que se trata (sectores, medios, en su mayoría) tiene menos temor a expresar su parecer. Finalmente, porque el lugar en que se realiza la encuesta (ambiente universitario) es más favorable a la libre expresión. Con todo, sólo un 43.4 por ciento de los estudiantes se declara por alguno de los partidos contendientes. El porcentaje de los que no expresan su opción partidista es del 80.6 por ciento en la encuesta de la primera vuelta y del 83.8 por ciento, en la segunda.

CUADRO 8

PARTIDO PREFERIDO

Partido	PREUNIVERSITARIOS			PRIMERA VUELTA			SEGUNDA VUELTA		
	N	%	% ajus.	N	%	% ajus.	N	%	% ajus.
PDC	327	20.6	47.5	183	8.4	43.4	221	10.5	64.4
ARENA	207	13.0	30.1	123	5.6	29.1	122	5.8	35.6
PCN	50	3.1	7.3	67	3.1	15.9	—	—	—
AD	69	4.3	10.0	23	1.1	5.4	—	—	—
Otros	35	2.2	5.1	26	1.2	6.2	—	—	—
Ninguno	502	31.6	—	82	3.8	—	73	3.5	—
No sabe	377	23.7	—	662	30.4	—	282	13.3	—
Es secreto	—	—	—	628	28.7	—	1136	53.7	—
No responde	21	1.3	—	386	17.7	—	279	13.2	—
TOTAL	1588	100.0	100.0	2178	100.0	100.0	2113	100.0	100.0



En las respuestas a la pregunta sobre el partido por el que se votaría, hay que distinguir entre quienes indican ignorancia o indecisión ("No sé", "No he decidido," "Eso lo decidiré a la hora de votar"), de quienes parecen haber optado ya, pero no quieren indicar su preferencia ("El voto es secreto," "Eso no le puedo decir a usted") de quienes finalmente rechazan a los partidos en contienda. El porcentaje de quienes rechazan a todos los partidos contendientes es muy grande entre los preuniversitarios (31.6 por ciento) y muy pequeño en los encuestados (3.8 por ciento, en la primera encuesta, que es la que cuenta a este respecto pues en la segunda encuesta ya no contendían partidos como el PCN o AD). Probablemente, el porcentaje de los preuniversitarios es más expresivo que el de la primera encuesta para conocer posibles simpatizantes de alternativas no incluidas en la elección (las fuerzas de izquierda y revolucionarias), ya que, en las circunstancias presentes del país, una encuesta oral no se presta para mostrar rechazo abierto a las alternativas aceptadas por el poder establecido.

Con un porcentaje tan alto de quienes no manifiestan su opción partidista cualquier predicción carece de base sólida y apenas puede hacerse con todas las reservas que impone un margen de error tan grande. No deja de sorprender entonces que, cuando se ajustan los porcentajes eliminando aquellas respuestas que no indican

opción partidista, se llegue a datos porcentuales muy cercanos a los obtenidos en las votaciones de hecho. Por supuesto, esta coincidencia puede ser resultado de un simple azar; pero hay que preguntarse si ello no se deberá a razones más de fondo respecto a las votaciones en un país como El Salvador. Una hipótesis alternativa sería la de que el electorado salvadoreño muestra tal homogeneidad en su preferencia partidista, que cualquier índice resulta fiable para conocer al todo. Otra hipótesis sería la de que quienes se atreven a expresar su opinión política son precisamente aquellos que mejor manifiestan las opciones existentes en la población votante; en otros términos, la población sigue con su voto al voto de quienes, por las razones que sean, no temen exponer su opinión. Carecemos aquí de datos para indicar cuál de estas hipótesis se acerque más a la verdad o si la explicación hay que buscarla en otra parte.

Finalmente, el Cuadro 9 muestra que apenas un 29.5 por ciento de los encuestados en la primera vuelta y un 26.6 por ciento de los encuestados en la segunda esperan que las elecciones traigan alguna mejoría al país. La mayoría se muestra dudosa y aun negativa frente a los efectos que puedan traer las elecciones. Esta nota de pesimismo cierra el marco de temor y escepticismo moderado que, junto con una masiva decisión de ir a votar, caracterizaba la actitud de la población salvadoreña ante las elecciones presidenciales de 1984.

CUADRO 9

EFECTO ESPERADO DE ELECCIONES

Mejoría de situación	PRIMERA VUELTA		SEGUNDA VUELTA	
	N	%	N	%
Sí	643	29.5	563	26.6
Depende del elegido	159	7.3	471	22.3
No	262	12.1	287	13.6
No sabe	821	37.7	691	32.7
No responde	293	13.4	101	4.8
TODOS	2178	100.0	2113	100.0

3. Reflexiones sobre la actitud de los salvadoreños ante las elecciones

Podemos sintetizar en cuatro puntos los principales aspectos que aparecen en estas encuestas respecto a la actitud de la población salvadoreña frente a las elecciones presidenciales de 1984 y que hay que tomar en cuenta a la hora de interpretar los resultados de las votaciones.

1) Existe un temor bastante generalizado a exponer el propio punto de vista político.

Ese temor se descubre en preguntas cruciales de las encuestas, como la que interroga sobre las razones para ir a votar o la que pregunta por el partido por el que se votaría. En un caso, la respuesta tiende a buscar fórmulas asépticas y poco comprometedoras, mientras que en la segunda se opta por el silencio, la declaración de ignorancia o se apela también a la formalidad del secreto electoral.

Son múltiples las anécdotas que ponen de manifiesto el temor de la población frente a la encuesta. En un lugar como Cojutepeque (departamento de Cuscatlán), donde los entrevistados fueron en su mayoría campesinos, el número de rechazos a responder la encuesta fue muy elevado. En todas partes era muy común que preguntaran a los encuestadores: "¿No tendré problemas si le respondo a eso? ¿No me va a pasar algo?" Incluso aquellos que respondían con espontaneidad a las primeras preguntas del cuestionario, al llegar a las de mayor definición política se detenían exclamando: "No sé; ahí no le puedo contestar." Una señora en un mesón pidió que le hicieran la encuesta a ella, pero no a sus hijos, a fin de que a ellos no les pasara nada. Otra señora

acclaró así su negativa a responder sobre a quién daría su voto: "Eso no se lo puedo responder, porque me acaban de matar dos hijos y me queda otro, y no quiero más problemas."

En algunos casos, el clima de temor aparecía incluso frente a las preguntas en apariencia más inocuas; por ejemplo, sobre la religión del encuestado. Un campesino le dijo al encuestador: "Mire, yo antes era católico; pero ahora ser católico es peligroso aquí." El temor llevaba a las personas a tratar de identificar la afiliación partidista de los encuestadores. Cuando se les decía que no representaban a ningún partido, sino a una institución de estudio independiente, se tranquilizaban algo, pero siempre guardando cierto recelo, recelo que a veces retornaba ante la pregunta de por qué partido votarían: "¡Ahá! ¿Ve cómo sí viene usted por un partido?" Una señora preguntó al encuestador "si era del escuadrón;" ante la sorpresa del encuestador, la señora aclaró que los del "escuadrón de la muerte" se dedicaban a ir a las casas exigiendo a las personas que fuesen a votar y que votasen por cierto partido, o si no los irían después "a sacar."

Todas estas anécdotas pueden dar una idea sobre el clima de temor en que vive la población salvadoreña frente al proceso electoral. Ahora bien, hay que distinguir entre el temor manifestado por los sectores populares, sobre todo los más humildes, y el recelo mostrado por los sectores medios, en particular los metropolitanos. Mientras en los sectores populares se pudo apreciar una alta dosis de miedo e ignorancia, los sectores medios capitalinos mostraban un conocimiento algo más claro sobre las opciones políticas, y una mayor tranquilidad para expresar sus propios puntos de vista.

El pueblo salvadoreño cuenta con una experiencia histórica acumulada de violencia e imposición electoral, experiencia actualizada por la continua represión política que se ha vivido en estos últimos años contra quienquiera exprese opiniones políticas contrarias al discurso oficial. El peligro de ser tildado como subversivo si se manifiesta una postura crítica frente a las elecciones, o de enfrentar serias dificultades si se expresa preferencia por un partido (sobre todo, por el PDC) allá donde "la autoridad" (léase, los propietarios y patrones, por un lado, las fuerzas militares y paramilitares, por otro) está por otro partido (sobre todo, ARENA), lleva a las personas a evitar cuidadosamente cualquier expresión abierta que pueda denotar una opción política independiente y menos aún una opinión política de oposición.

(2) Son varios los motivos principales que impulsaron a la población salvadoreña a votar masivamente.

Los datos presentados son claros en dos aspectos: primero, la población salvadoreña tenía la decisión mayoritaria de ir a votar; y, segundo, no se puede atribuir esta decisión a una actitud basada en un conocimiento claro, una opción colectiva o un motivo común y único. Son muchos los factores que parecen estar influyendo en la decisión y, en no pocos casos, la casi compulsión por votar. Ciertamente, el miedo es el elemento que aparece con más frecuencia y con más fuerza. A veces se trata de un miedo muy concreto a no tener la cédula sellada, a perder el trabajo o a sufrir la represión de los "escuadrones" u otros grupos; a veces se trata de un temor indefinido a mostrar una opción política que no sea del agrado de quienes tienen el poder o que ocasione dificultades ulteriores en caso de resultar una opción perdedora. No se puede ignorar que mucho del comportamiento agitado que se observó en la primera vuelta, cuando las personas llegaron a saltar vallas e incluso a desafiar a los soldados con tal de lograr que, por lo menos, "les sellaran la cédula," no denota tanto "fervor cívico" ni menos aún una racionalidad democrática, sino temor interiorizado.

Con todo, sería un error atribuir la votación masiva a sólo el temor, por importante que fuera en muchos casos este elemento. Los datos disponibles no permiten realizar esa reducción. Es innegable que en un porcentaje de personas no despreciable (probablemente entre un 20 y un 30

por ciento de la población encuestada) late una esperanza o, por lo menos, un deseo que quiere ser esperanzado de que las elecciones traigan alguna mejoría a la situación. Ese bien puede ser la paz, la tranquilidad, más empleo, un alivio a la crisis económica o un alto a la violencia. Pero, cualquiera sea su objeto, ese deseo está ahí latente y se manifiesta de varias formas.

Es también claro que los partidos políticos salvadoreños tienen su clientela, en particular los tres partidos "grandes," PDC, ARENA y PCN, y que su clientela es diferente. El PDC cuenta con más partidarios entre los sectores medios bajos y los sectores populares, sobre todo del área metropolitana de San Salvador. ARENA, en cambio, cuenta con el grueso de sus seguidores en los sectores medios altos y en las clases dominantes. La clientela política del PCN está menos identificada socialmente y parece encontrarse en aquellos núcleos, semiurbanos y rurales, donde el partido ha logrado mantener las estructuras organizativas que desarrolló durante los veinte años que estuvo en el poder.

Temor, expectativa e identificación partidista son tres motivos que llevaron a la población salvadoreña a votar. En no pocos casos, es posible que los tres motivos se juntaran en una misma persona, en dosis y jerarquía distintas. Pero hay un cuarto motivo, más difícil de identificar, pero quizá no menos importante que los mencionados: ese motivo es lo que podríamos llamar "la inercia social". La inercia social va vinculada con la ignorancia mostrada por muchos hacia lo que las elecciones eran y representaban, por un lado, y con la masiva y abrumadora propaganda realizada durante tanto tiempo reclamando el voto ciudadano. Ambos aspectos se amalgaman para producir una pulsión indefinida a acudir a las urnas, a hacer lo que "todo salvadoreño está obligado a hacer," independientemente de qué signifique o para qué sirva. Como la satisfacción de todo impulso poco consciente, la realización del acto de votar era precedida por una cierta euforia nerviosa y seguida por una elación relajante. La inercia social explica el que muchos votaron sin esperar nada de las elecciones, pero sin que tampoco el acudir a votar les supusiera una decisión personal. De ahí la sorpresa de muchas personas de los sectores populares cuando se les preguntaba por quién iban a votar en la segunda vuelta. "¡Pero sí, yo ya voté!" —exclamaban.

3) *La mayoría de los votantes mantiene una expectativa escéptica ante el valor de las elecciones.*

Como ya se vió anteriormente, hay una notoria diferencia entre el número de quienes indican su intención de votar y de quienes afirman que confían en que las elecciones serán limpias o que con ellas mejorará la situación del país. Parece cierto entonces que, cualquiera fuera la motivación concreta que impulsó a cada persona a las urnas, muchos de los votantes acudieron con un cierto escepticismo sobre el valor de su acto y, en ocasiones, con la convicción de que la votación no serviría para nada. No pocas personas lo indicaban a los encuestadores: "Mire, todos prometen, pero luego ninguno cumple." "Nosotros somos como la novia y los partidos, el novio: coquetean, prometen, pero de ahí a que cumplan... Mire, quien va a decidir es el que tiene las armas."

Sin embargo, no se puede negar que un buen sector de salvadoreños mantiene una llama de esperanza sobre lo que puedan lograr las elecciones. El raciocinio, más o menos explícito, era el pensar que "peor, ya no nos puede ir; quien sabe, a lo mejor sale algo bueno." Por supuesto, las personas identificadas con un partido, sobre todo los seguidores de ARENA y del PDC (más aquéllos que éstos), mostraban una mayor esperanza para el caso en que venciera su candidato, a pesar de que unos y otros solían reconocer que no podría acabar con la guerra. Pero el tono y el contenido mayoritario de las respuestas hablan de un firme escepticismo ante el valor de las elecciones, un escepticismo que impide pensar en cualquier forma de frustración colectiva cualesquiera fueran los resultados de la elección o el respeto a ellos de parte de los poderes de hecho (Estados Unidos y la Fuerza Armada).

Ante este escepticismo, cabe preguntarse por qué no hubo más votos nulos o más abstenciones. En primer lugar, hay que ponderar la magnitud de la abstención, ladeada en la mayoría de los informes oficiales. Sin un registro electoral basado en un censo del país, es difícil decir qué porcentaje de la población no votó. En las encuestas para la segunda vuelta, un 17.7 por ciento afirmó que no había votado el 25 de marzo. Según el Consejo Central de Elecciones, además de las 760 urnas declaradas nulas y de los 6.924 votos impugnados, hubo 104.557 votos nulos (un 7.4 por ciento del total) y 41.736 abstenciones (3.0 por ciento del total). Estos votos su-



ponen un 53.9 por ciento más que los 95.076 sacados en conjunto por los partidos AD, PPS, PAISA, MERECEN y POP.

En segundo lugar, las condiciones físicas y psicológicas que imperaron en la votación de la primera vuelta no dejaban con frecuencia margen a la libertad de decisión. Se podía decir que, ante las urnas, el voto era todo menos secreto, lo que afectó sobre todo a las personas de los sectores humildes que sentían más necesidad de ocultar por quién votaban. En esas condiciones, anular el voto podía ser interpretado como "un voto por la guerrilla," lo que acarrearía el calificativo de "subversivo" con todas sus consecuencias.

Pero, en tercer lugar, es precisamente lo que hemos llamados una expectativa escéptica, es decir, un escepticismo con una débil dosis de expectativa ("quién sabe," "primero Dios," "tal vez," "nada se pierde en intentar"), la que explica por qué muchos decidieron dar su voto a un partido determinado, en lugar de anularlo o abstenerse.

En ello hubo de influir también la polarización de la campaña, que mostraba la urgencia de definirse por uno de los dos candidatos presentados como los extremos del espectro político: "comunitarismo-comunismo" frente a "arenazismo-fascismo."

4) *Ante las opciones partidistas disponibles, la mayoría del electorado salvadoreño opta por el PDC.*

Los resultados electorales, confirmados por todas las encuestas conocidas, no permiten duda alguna al respecto: entre los partidos participantes en las elecciones, la mayoría de la población salvadoreña optó por el PDC. Esto lo sabían los dirigentes de ARENA que intentaron doblegar al electorado salvadoreño en la segunda vuelta mediante una masiva campaña de atemorización. Pero los resultados de 1984 no han hecho sino confirmar los que se dieron en 1982 (asumiendo la fiabilidad de los porcentajes, no de las cifras finales de entonces).

Ahora bien, de estas elecciones no se puede concluir que la mayoría de la población esté contra la guerrilla o que la izquierda no cuente más que con una minoría de partidarios en El Salvador. No hay base alguna seria para deducir de los resultados de estas elecciones que el PDC, ARENA y el PCN derrotarían electoralmente a los grupos insurgentes o que los partidos de izquierda apenas captarían el porcentaje de votos anulado o el voto de quienes, dentro y fuera del país, se encuentran involucrados en la oposición. Tampoco se puede sacar de los resultados la conclusión contraria, es decir, que la izquierda derrotaría a estos partidos; lo único que se puede concluir de estos resultados es que, ante esta elección limitada a los partidos de derecha actualmente en el poder, en una votación forzada y contando con todo el aparato oficial y paraoficial para transmitir su mensaje, la mayoría prefiere a la Democracia Cristiana frente a ARENA u otros partidos. Cuántos votos podría conseguir la izquierda en condiciones equiparables o en una elección verdaderamente democrática y libre es algo que, hoy por hoy, en base a los datos existentes, no se puede afirmar con un mínimo de objetividad.

Cabe preguntarse quiénes y por qué votan por el PDC, quiénes y por qué por ARENA. Ya hemos indicado con anterioridad en qué sectores se encuentra la principal clientela de unos y

otros: es claro que ARENA representa los intereses tradicionales de la oligarquía y de la alta burguesía salvadoreña, intereses a los que se adhieren los altos sectores medios, mientras que el PDC cuenta con sus principales partidarios entre los sectores medios bajos y los sectores populares. Esto aparece en las encuestas: ARENA obtiene la mayor parte de sus votos entre quienes habitan las colonias de los sectores medios o altos, mientras que el PDC recibe un elevado porcentaje de sus votos entre los habitantes de las viviendas populares tipo IVU (Instituto de la Vivienda Urbana) o en colonias "ilegales" (colonias piratas). Sin embargo, también el PDC consigue algunos votos entre los sectores medios altos y, lo que resulta mucho más difícil de comprender, ARENA entre los sectores populares. ¿Cómo explicar estos votos? ¿Hay razones específicas que muevan a los votantes a inclinarse por uno u otro partido? Todo parece indicar que sí, aunque no se trate de una cuestión de blanco y negro.



Veamos, primero, el caso de los que votan por ARENA. Ante todo, este partido cuenta con un núcleo de fervientes partidarios, cuyo simplismo ideológico y agresivo activismo denotan más la defensa de unos intereses clasistas que unas convicciones políticas. ARENA pudo beneficiarse en 1982 de la imagen de opositor a la junta de gobierno militar-democrristiana, y en alguna medida logró mantener en la presente campaña una imagen de desidentificación con el gobierno de "unidad nacional," a pesar de formar parte de él. Entre los preuniversitarios de nuestra encuesta, los partidarios de ARENA opinaron que la principal causa de la guerra era la ambición de poder de los insurgentes y, por tanto, que la mejor manera de lograr la paz era mediante la aniquilación total del FMLN. También en las otras encuestas se encontró que quienes propugnaban por una solución militar se inclinaban a votar por ARENA. Así, es probable que quienes han sufrido los efectos directos de la acción guerrillera, como algunos de los desplazados encuestados en San Vicente o de los campesinos entrevistados en Cojutepeque, vean en ARENA el partido más decidido a obtener la paz mediante una victoria militar sobre los insurgentes. De la misma manera, aquellos en quienes el discurso contra el comunismo encuentra eco emocional o quienes tienen vínculos con la Fuerza Armada pueden sentirse atraídos por el militarismo anticomunista a ultranza de ARENA. Y, por supuesto, están todos aquellos, sobre todo de los sectores más humildes, que por presiones y amenazas (y consta que hubo muchas) o por simple ignorancia (les gustó la música o les atrajo la imagen machista del candidato) dan su voto por ARENA, sin saber muy bien lo que está en juego o con la conciencia, quizá no tan errónea, de que "todos los partidos son lo mismo."

También el PDC cuenta con un buen núcleo de partidarios fervientes, si no tan agresivos como los de ARENA, si tan fieles o más que ellos. Con frecuencia quienes indicaban que votarían por el PDC apuntaban a lo que ese partido había hecho en el pasado por ellos (sobre todo, desde la alcaldía de San Salvador) o a que era el único que

se preocupaba por los pobres: "Aquí todos hemos votado siempre por el pescadito," añadían muchos. Por otra parte, tanto en la encuesta a los preuniversitarios como en la de la primera vuelta los partidarios del PDC tendían a asignar más importancia a la injusticia socioeconómica como causa de la guerra y a pensar que la mejor solución sería entablar un diálogo con los insurgentes y realizar reformas sociales. En general, las personas de todos los sectores sociales que rechazaban la violencia y la guerra, preferían al PDC respecto a ARENA. Aunque no contamos con datos al respecto, no se puede ignorar tampoco el apoyo que durante muchos años una buena parte del clero católico ha dado (y sigue dando) al PDC, identificado como "el" partido de los católicos, lo que puede haber ejercido cierto influjo en algunos, sobre todo en creyentes sencillos. Finalmente, también hay que asumir que algunos de los que votan por el PDC lo hacen bajo presiones o por ignorancia, con la misma conciencia de que "todos los partidos son la misma cosa."

En síntesis, consideradas globalmente las elecciones presidenciales de 1984, se podría afirmar que:

- 1) ARENA fue el partido por el que tendían a votar las clases dominantes, los partidarios de una solución militar al conflicto y los más directamente amedrentados;
- 2) por el PDC tendían a votar las clases populares, los partidarios de una solución negociada y los deseosos de reformas sociales;
- 3) fueron mayoría los que optaron por el PDC.

Lo que la complejidad humana y social de estos hechos no permite es afirmar que las elecciones mostraron con claridad la voluntad del pueblo salvadoreño o que ARENA y el PDC representan adecuadamente la alternativa en conflicto en El Salvador; pero tampoco permite afirmar que ARENA y PDC carezcan de seguidores entre los sectores populares o que las elecciones no significaron nada para el pueblo salvadoreño.